

Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI



*Carta Pastoral de
Mons. Josep Àngel Saiz Meneses
Obispo de Terrassa
Adviento 2007*

*Testigos de Jesucristo
en la sociedad del siglo XXI*

CARTA PASTORAL

Mons. Josep Àngel Saiz Meneses
Obispo de Terrassa

Adviento de 2007

Índice

Introducción	5
Concilio Vaticano II	7
Concilio Provincial Tarraconense	9
Novo Millennio Ineunte	11
I. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo (Jn 20, 21)	13
1. De la misión de Cristo a la misión de la Iglesia	15
2. La misión en el momento presente	18
3. Palabra y testimonio en la Nueva Evangelización	22
II. Enviados a anunciar la Buena Nueva	27
1. Propiciar el clima adecuado	27
2. Salió el Sembrador a sembrar	31
3. La Buena Nueva que proponemos	35
III. Agentes y ámbitos para la Nueva Evangelización	41
1. Hoy se cumple esta escritura	42
2. Agentes: Obispo, presbíteros y diáconos, vida consagrada y laicos	44
3. Ámbitos y areópagos modernos	51
Exhortación final	65

*A los presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas,
miembros de institutos seculares y fieles laicos
y laicas de la diócesis de Terrassa*

Introducción

Nos disponemos a empezar el tiempo litúrgico de Adviento del cuarto curso de vida diocesana desde la constitución canónica por parte de nuestro querido Juan Pablo II, y después de tres cursos de vida y esperanza compartidas, en los que hemos trabajado en la elaboración de nuestro primer Plan Pastoral.

A lo largo de estos años hemos ido configurando la diócesis. Se han creado los Consejos de Gobierno, Presbiteral, Pastoral, el Consejo de Asuntos Económicos, el Colegio de Consultores, las diferentes Delegaciones Episcopales y el Seminario. En las visitas a las parroquias, a las comunidades, a los movimientos laicales y a las diferentes realidades eclesiales, he podido constatar la alegría, el dinamismo, los problemas y sufrimientos, las esperanzas, en definitiva, la vida de una diócesis que está en camino. Han sido unos años de gracia en que el Señor nos ha bendecido con frutos abundantes. El día 5 del

mes de septiembre de 2004, en la carta dominical que os dirigía, pedía al Señor para nuestra diócesis la gracia de los orígenes y os invitaba a “pedirla humildemente y con el corazón disponible en la oración y a hacerla presente, con la ayuda de la gracia santificante de Dios, en nuestro trabajo en estos primeros pasos”.¹

Esta gracia de los orígenes queda garantizada en primer lugar por la voluntad de Dios, por sus dones, por su amor que es de siempre y dura siempre. Al mismo tiempo, hacen falta nuestra respuesta confiada y nuestra colaboración generosa, empezando por los que tenemos responsabilidades al servicio de toda la comunidad diocesana o al servicio de las diversas comunidades parroquiales, apostólicas, de evangelización y de presencia cristiana en medio de nuestra sociedad.

En este mundo de hoy tan saturado de imágenes y de palabras, lo que más necesitamos son los hechos coherentes con el Evangelio, buscando sobre todo las obras de amor al servicio de todos aquellos a los que podamos llegar, especialmente de los más pequeños, los más olvidados del mundo y de la sociedad.

Tres años después podemos cantar con el salmista «¡Grandes cosas ha hecho el Señor por nosotros, y estamos alegres!» (*Salmo* 126, 3). Con esta carta pastoral quiero compartir con vosotros la acción de gracias al Señor por todos los

1- Cf. Butlletí del Bisbat de Terrassa n. 1 (2004), p. 74.

dones recibidos y la petición de su fuerza y su gracia para el futuro. En este año 2007 tenemos todavía recientes los aniversarios de dos acontecimientos eclesiales sumamente importantes para la Iglesia universal y para las Iglesias de Cataluña en el siglo XX: el Concilio Ecuménico Vaticano II y el Concilio Provincial Tarraconense, que con la Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, tal como repito a menudo, se convierten en tres referencias fundamentales en nuestro caminar diocesano y en nuestra acción pastoral.

Es la hora de la fe y de la misión. Todas nuestras parroquias, comunidades religiosas, movimientos y diferentes realidades eclesiales estamos llamados a una actitud de esperanza, de evangelización, desde la vivencia de la comunión y la misión compartidas. Desde el ministerio episcopal que me ha sido encomendado, quiero exhortaros a que cada uno viva sus carismas, su vocación, su misión, y a que profundamente unidos, cada uno desde su función, colaboremos con el Señor en la construcción de la diócesis que el mundo y la Iglesia de hoy necesitan.

Concilio Vaticano II

El Concilio Ecuménico Vaticano II fue sin duda el acontecimiento eclesial y religioso más importante del siglo XX. Continúa su vigencia y su impulso, continúan todas las aperturas que promovió: desde la apertura ecuménica a la renova-

ción litúrgica, desde el redescubrimiento de la Biblia a la promoción del laicado y al diálogo con las religiones. La Iglesia profundizó en la conciencia de su propia naturaleza y misión, y revisó a fondo la pastoral.

El Vaticano II dejó para la posteridad un legado riquísimo y enorme en aspectos tan primordiales como la importancia de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, la liturgia, la identidad de la Iglesia y sus relaciones con el mundo y especialmente con los medios de comunicación social, el diálogo interconfesional e interreligioso, las reflexiones sobre la identidad del ministerio pastoral de los obispos, la vida consagrada, la formación y vida de los sacerdotes y de los laicos, la actividad misionera de la comunidad creyente y la libertad religiosa.

Por eso hay que profundizar en el Concilio, continuar su aplicación, para que penetre más intensamente en la conciencia y en la vida de los fieles y de las comunidades. Es muy importante que entendamos el sentido, el alcance histórico, la influencia que ha tenido en el mundo cristiano y en la humanidad. Que sea la brújula -según la definición de Juan Pablo II- que oriente a la Iglesia en su misión profética con vistas a un nuevo Adviento.

Las nuevas circunstancias históricas, marcadas por situaciones como la secularización, la transición de la modernidad a la postmodernidad, la globalización y el fenómeno creciente y amenazador del terrorismo, plantean a la Iglesia nuevos retos

y desafíos que tienen que ser tenidos en cuenta si la Iglesia católica quiere seguir ofreciendo la luz siempre actual del Evangelio a las generaciones presentes y futuras.

Concilio Provincial Tarraconense

El último Concilio Provincial Tarraconense (CPT) se celebró el año 1995 y fue un momento importante para todas las Iglesias particulares de Cataluña. El CPT no es sólo un hecho del pasado, es una realidad viva en proceso de profundización y aplicación. Este Concilio es todavía, en no pocos aspectos, un compromiso de acción y de reforma para las Iglesias con sede en Cataluña.

El eje inspirador del CPT y de las conclusiones aprobadas es la evangelización. Y ésta es una tarea siempre inacabada. El Concilio lo reconoció en la primera de sus resoluciones: «Sentimos el gozo y la responsabilidad de hacer llegar el mensaje de Cristo a todo el país, integrado por personas y grupos muy diversos que tienen actitudes y niveles bien diferentes de fe y de cultura».²

Podemos decir que la evangelización fue el común denominador de todo lo que el Concilio elaboró y aprobó. Este imperativo evangelizador nos pide cosas muy concretas. Por ejemplo, que todo, en la Iglesia, esté centrado en Jesucristo. Nos

2- Concilio Provincial Tarraconense, n. 1.

pide que, en nuestros países de antigua cristiandad pero de fuerte crisis de fe, todas nuestras actividades -desde la preparación para el bautismo o la primera comunión y la confirmación hasta las gestiones en el despacho parroquial- estén bajo la perspectiva y al servicio de la evangelización. Tenemos que ser muy conscientes de que la situación actual es de misión, tal como recordábamos los obispos de Cataluña en nuestra última carta pastoral.³

Lo haremos así si observamos tres principios que estuvieron muy presentes en el Concilio Vaticano II y también en el CPT. El primer principio es el primado de la Palabra de Dios, que tiene que orientar la vida de las personas y de las comunidades. El segundo es la centralidad de la Eucaristía, renovación y actualización del Misterio pascual de Cristo. El tercero es la solidaridad con los pobres y marginados, que fue uno de los temas centrales del CPT, que remarcó la íntima unión entre la celebración de la Eucaristía y la solidaridad con más necesitados. Éste es un aspecto especialmente actual que el Papa Benedicto XVI ha recordado en la carta encíclica *Deus caritas est*.⁴

3 - LOS OBISPOS DE CATALUÑA, *Creer en el Evangelio y anunciarlo con nuevo ardor*, n. 8, Barcelona 2007.

4 - Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, nn. 19-39.

Novo Millennio Ineunte

La Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* es el documento conclusivo del Año Jubilar. Interpreta la exigencia de una Iglesia que, después de un año de intensa experiencia espiritual, se siente llamada a «ir mar adentro» (cf. *Lc* 5, 4), afrontando los desafíos del mundo presente.

El Santo Padre nos ofrece algunos puntos de meditación sobre el misterio de Cristo, fundamento absoluto de toda la acción pastoral. La contemplación del rostro de Cristo nos lleva a descubrir en él el rostro del Hijo de Dios y a acercarnos al misterio de su muerte y resurrección.

Después de la contemplación pasamos a la acción, a la elaboración de un cierto programa que se centra en Cristo mismo. El Papa anima a los pastores de las Iglesias particulares a marcar las etapas del camino futuro, en comunión y responsabilidad, con la participación de los diversos sectores del pueblo de Dios, y ofrece algunas prioridades pastorales más generales, que serían comunes.

En primer lugar la santidad, como perspectiva en la que tiene que situarse el camino pastoral. Para la pedagogía de la santidad hace falta un cristianismo que se distinga sobre todo por el arte de la oración. También por la centralidad de la Eucaristía, que es la fuente y la cumbre de la vida cristiana y

de la vida eclesial, la fuente de crecimiento en la comunión con Dios y con los hermanos. Por otra parte, la comunidad cristiana tiene que proponer de forma convincente y eficaz la práctica del sacramento de la reconciliación, camino ordinario para recibir el perdón de los pecados y fuente de paz espiritual.

Un principio esencial de la visión cristiana de la vida y de la acción pastoral es la primacía de la gracia, que nos ayuda a superar la tentación de creer que los resultados dependen de nuestras capacidades. La experiencia de los Apóstoles en el episodio de la pesca milagrosa lo confirma. Éste es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios para abrir el corazón a su gracia y sentir con toda su fuerza la palabra de Cristo que llama a ir mar adentro. Esta primacía sólo se puede entender y vivir a la luz de una renovada escucha de la Palabra de Dios. Hace falta que nos alimentemos de la Palabra para ser servidores de la Palabra en el compromiso de la evangelización. Porque hace falta un nuevo impulso evangelizador en el momento presente.

Nuestro gran reto en el nuevo milenio que empieza es hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Tenemos que promover una espiritualidad de comunión y proponerla como principio educativo. Espiritualidad de comunión significa sobre todo una mirada al misterio de la Trinidad que habita en nosotros. Este es el fundamento para asumir la misión evangelizadora con un nuevo impulso.

I. "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo" (Jn 20, 21)

El mandato misionero del Señor resucitado a los discípulos tiene el fundamento último en el amor eterno de la Santísima Trinidad y en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre.⁵ El Señor Jesús, después de completar con su muerte y resurrección los misterios de nuestra salvación, fundó su Iglesia y envió a los Apóstoles por todo el mundo, como Él había sido enviado por el Padre (cf. *Jn 20, 21*).

La misión de la Iglesia continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión misma de Cristo, que quiere conducir a todos los hombres y las mujeres a la fe, a la libertad y a la paz, de manera que descubran el camino para la plena participa-

⁵ - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 2.

ción en el misterio de Dios. La Iglesia tiene que ir por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la entrega total.⁶

Los cuatro evangelistas recogen el mandato misionero, con elementos comunes y a la vez con énfasis característicos.⁷ Hay dos elementos presentes en los cuatro evangelios: en primer lugar, la dimensión universal de la tarea encomendada: «A todas las gentes» (Mt 28, 19).⁸ En segundo lugar, la seguridad de que en esta tarea ellos no estarán solos sino que recibirán la fuerza y los medios para desarrollar su misión. El fundamento es la presencia y el poder del Espíritu, y la presencia de Cristo resucitado en medio de ellos todos los días hasta al fin del mundo (cf. Mt 28, 18-20; Mc 16, 15-18; Lc 24, 46-49; Jn 20, 21-23). Por lo tanto, la misión de los discípulos es colaboración con la de Cristo y no se fundamenta en las capacidades humanas sino en el poder del Señor resucitado presente en su Iglesia.

San Juan da un paso más al relacionar directamente la misión que Jesús confía a sus discípulos con la que él mismo ha recibido del Padre: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). También en la oración sacerdotal Jesús, dirigiéndose al Padre, dirá: «Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (Jn 17, 18). El sentido misionero del Evangelio de Juan está expresado en el capítulo 17: la vida eterna consiste en el conocimiento de

6 - Cf. *Ibidem*, n. 5.

7 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 23.

8 - También «por todo el mundo... a toda la creación» (Mc 16, 15); «Hasta los confines de la tierra» (Ac 1, 8).

Dios y de su enviado, Jesucristo. La finalidad última de la misión consiste en que los discípulos participen de la comunión que hay entre el Padre y el Hijo y de esta manera el mundo llegue al conocimiento de la verdad y a la fe. El evangelista Juan subraya que es más importante el ser que el hacer o actuar. Es condición *sine qua non* vivir la unidad con Dios y con los hermanos para poder ser creíbles en la misión.

1. De la misión de Cristo en la misión de la Iglesia

La misión de la Iglesia empieza en la Pascua de resurrección y Pentecostés. Esta misión está en continuidad con la misión de Cristo de proclamar e instaurar el Reino de Dios. Esta misión se realiza mediante las tres funciones de Cristo, que él transmite a la Iglesia: su profetismo, su sacerdocio y su realeza. Predicación de la palabra, celebración de los misterios y servicio a la comunidad.

Después de la resurrección y ascensión de Jesús al cielo, en la vida de los Apóstoles tiene lugar una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés. La venida del Espíritu Santo les convierte en testigos de Cristo resucitado. Reciben la luz en su entendimiento para comprender la palabra de Jesús y la misión que tienen que desarrollar. Reciben la fuerza en su voluntad que los capacita para dar testimonio con audacia y fortaleza. Por eso decimos que la misión de la Iglesia es obra del Espíritu.

Los discursos misioneros que Pedro y Pablo dedican a los judíos anuncian a Jesús, invitan a la conversión acogiendo a Jesús por la fe y dejando que el Espíritu Santo transforme sus vidas. Los discursos que Pablo pronuncia en las ciudades de Listra y Atenas (cf. *He* 14, 11-17; 17, 22-31) se pueden considerar como modelos para la evangelización de los paganos. Son discursos que ofrecen un ejemplo de inculturación del Evangelio.⁹

El día de Pentecostés, después del primer anuncio de Pedro, se constituye la primera comunidad. A partir de Pentecostés, todas las comunidades son dinamizadas por el Espíritu Santo, que suscita en cada discípulo y en la comunidad las mismas actitudes que vivió el Maestro. El Espíritu Santo crea la unidad y hace de todos los miembros un solo corazón y una sola alma. La comunidad comparte en primer lugar la fe, es constante en la enseñanza de los Apóstoles, persevera en la oración y en la celebración. Los discípulos son constantes en la fracción del pan, hacen de la Eucaristía el centro de la vida personal y comunitaria y viven la fraternidad en torno al Señor resucitado hasta al punto de poner en común los bienes materiales para que no haya pobres entre ellos (cf. *He* 2, 42).

El Concilio Vaticano II recuerda en el Decreto *Ad gentes divinitus*¹⁰ la acción del Espíritu en el corazón del ser humano y también que la Iglesia ha de estar presente en los grupos humanos por medio de sus hijos. Éstos tienen que participar

9 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 25.

10 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 11.

en la vida cultural y cívica y tienen que descubrir las semillas de la Palabra en las tradiciones de los pueblos dónde habitan y conviven. Y dirigirlo todo a la verdad y al bien siguiendo el ejemplo de Cristo y de los Apóstoles. La razón de la actividad misionera se fundamenta en la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres se conviertan a Cristo y se incorporen a Él formando la Iglesia. El Señor puede conducir a la fe a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa por parte suya, pero la Iglesia tiene el deber y el derecho de evangelizar.¹¹

La Exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii Nuntiandi* es uno de los documentos más significativos e importantes del postconcilio. Recoge la teología de *Ad Gentes* y desarrolla el concepto de *misión*: «Nacida, por lo tanto, de la misión de Jesucristo, la Iglesia es enviada por Él [...] Es ante todo su misión y su condición de evangelizador lo que ella está llamada a continuar.»¹²

En el segundo capítulo nos da una definición descriptiva de evangelización: «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influencia, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad [...]. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por lo tanto este cambio interior y, si se

11 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 7.

12 - PABLO VI, Carta Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, n. 15c.

tuviera que resumir en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, intenta convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos.»¹³

La evangelización es un proceso que abarca toda la realidad humana. Consiste en llevar la buena nueva a todos los ambientes, transformar la humanidad a través de la transformación del ser humano. Su finalidad es la conversión del hombre y de la humanidad. Transformar por la fuerza del evangelio la -podríamos llamar- circunstancia del hombre: criterios, valores, centros de interés, líneas de pensamiento, fuentes de inspiración, modelos de vida, en definitiva, la cultura del hombre. La evangelización y la implantación de la Iglesia en el mundo son simultáneas: las dos tienden a hacer presentes la palabra y la persona de Cristo en el mundo. “Evangelizar constituye, en efecto, el gozo y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”.¹⁴

A raíz de la celebración del XXV aniversario del decreto conciliar *Ad Gentes*, Juan Pablo II publicó la Encíclica *Redemptoris Missio*. Responde a muchas peticiones de un documento de estas características y a la vez recuerda que la misión confiada en la Iglesia está todavía lejos de cumplirse.

13 - *Ibidem*, n. 18.

14 - *Ibidem*, n. 14.

2. La misión en el momento presente

En el marco social en que vivimos actualmente, en el que prevalecen los valores de la tolerancia, la convivencia, el respeto, hasta el punto que casi se llega a absolutizarlos, y teniendo en cuenta determinados planteamientos teológicos, no faltan voces que cuestionen la validez de la misión entre los no cristianos en pleno siglo XXI y que postulen sustituirla por dos líneas de trabajo: el diálogo interreligioso y la promoción del desarrollo humano. Una propuesta de conversión se podría interpretar como intromisión en la conciencia y en la libertad personal. Además, hoy en día lo que resulta políticamente más correcto es afirmar que todos los caminos son igualmente válidos para encontrar la salvación. En este contexto, hay quien se pregunta si tiene sentido la misión en el momento presente.¹⁵

Queda clarísima la importancia del respeto a la libertad y a la conciencia. Recordamos también el valor que la Iglesia da tanto al diálogo interreligioso como a la promoción del desarrollo humano. Pero eso no significa que quede sustituida la misión. Nos podemos preguntar cuáles son las razones de la misión.¹⁶

En sustancia, podemos responder que el apóstol tiende a expresar el amor de Dios, que llena su vida. Porque si evange-

15 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 4.

16 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 7; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 1-11.

lizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!» (1Co 9, 16). La acción misionera es consecuencia del amor a Dios y al prójimo.

Los miembros de la Iglesia son impulsados a continuar la misión por la caridad, con la cual aman a Dios y desean participar, con todos los hombres, del bien supremo del Espíritu Santo que nos da Cristo y, por lo tanto, del gozo inmenso de la vida de hijos de Dios. A esta vida nueva de hijos de Dios han sido destinados y llamados todos los hombres y las mujeres en un solo pueblo.¹⁷

Han transcurrido dos mil años, pero la tarea no está realizada, más bien nos encontramos en los inicios y queda mucho por hacer. La Carta encíclica *Redemptoris Missio* empieza afirmando que «la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está todavía muy lejos de cumplirse. Al final del segundo milenio después de su venida, una mirada de conjunto a la humanidad demuestra que esta misión está empezando y que nos tenemos que comprometer con todas las energías a su servicio...».¹⁸

No podemos ocultar la luz de Cristo en nosotros. Porque él nos envía, porque el mundo la necesita, porque en esta misión se refuerza nuestra fe. Aquí radica una finalidad interna de la

17 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 7.

18 - JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 1.

acción misionera: «La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!»¹⁹

La evangelización es el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada persona y a la humanidad entera en el momento presente, en el que conoce grandes conquistas técnicas y científicas pero ha perdido el sentido último de la vida. Sólo desde Cristo el ser humano podrá comprenderse a sí mismo y encontrar el sentido de la vida.²⁰

La misión es responsabilidad y compromiso de toda la Iglesia. Toda la Iglesia y cada Iglesia local tiene que vivir la solicitud misionera, cada miembro según su función y según los carismas recibidos. En cuanto a los destinatarios, hay unas diferencias que no proceden de razones intrínsecas a la misión misma sino de las circunstancias en las que se desarrolla, que son muy diversas.

El Papa Juan Pablo II distingue tres situaciones de evangelización.²¹ En primer lugar, la misión *ad gentes* con los no cristianos, es decir, pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas que puedan encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. En segundo lugar, acción pastoral o evangelizadora de la Iglesia donde hay

19 - *Ibidem*, n. 2.

20 - Cf. *Ibidem*, n. 2.

21 - Cf. *Ibidem*, n. 33.

comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas, con fe y vida, que irradian el testimonio del Evangelio y sienten el compromiso de la misión universal. En tercer lugar, la nueva evangelización con los bautizados no creyentes. Se trata de una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido de la fe e incluso no se reconocen como miembros de la Iglesia y llevan una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio.

Cada vez es más frecuente encontrar personas de este tercer ámbito que han experimentado la conversión a la fe. Estas personas constatan la riqueza inesperada que ha iluminado de nuevo su vida al abrirse a la presencia de Cristo y de su Espíritu, que las sitúa en el amor, la alegría y la paz.

3. Palabra y testimonio en la Nueva Evangelización

En la actualidad, podemos decir que en nuestra diócesis de Terrassa se dan las tres situaciones descritas en el punto anterior. Vivimos en un país y en un continente de antigua cristiandad, pero debido al secularismo creciente nos encontramos con diferentes contextos socioculturales posmodernos ajenos a Cristo y a su mensaje; y, por otra parte, el fenómeno migratorio de los últimos años hace que encontremos grupos humanos que tampoco conocen el Evangelio. Afortunadamente, abundan las comunidades cristianas con estructuras

eclesiales adecuadas y llenas de vitalidad. Al mismo tiempo, constatamos la necesidad de una nueva evangelización de amplios sectores que han perdido el sentido de la fe aunque se encuentren en un marco cultural cristiano. Querría subrayar la importancia de la palabra y del testimonio en este contexto pastoral en que predomina la nueva evangelización.

En la evangelización podemos distinguir dos dimensiones: la palabra y la acción, la proclamación de palabra y el testimonio personal y comunitario. Es lo que encontramos en el comienzo de la actividad de los Apóstoles después del envío misionero y la Ascensión del Señor: «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban» (Mc 16, 20).

Anunciar²² el evangelio no es una tarea que se pueda realizar de cualquier manera. No es pronunciar un comunicado ni transmitir unas ideas de una manera fría o relatar unos acontecimientos que no afectan a la propia vida ni la comprometen. Anunciar el Evangelio es proclamar la salvación de Dios, que incide y penetra de manera tal que acaba transformando la historia personal y la historia de la humanidad.

No consiste en la comunicación de unos contenidos agradables a nivel humano o en un acontecimiento positivo que produce cierta alegría en el oyente. Es proclamar la salvación

22 - Cf. J. A. SAIZ MENESES, *Los Cursillos de Cristiandad*,. Génesis y Teología, Madrid 2006, 143-145.

de Dios por Cristo en el Espíritu, anunciar el Reino de Dios, una realidad tan revolucionaria que hace nuevas todas las cosas. Si el que proclama esta Buena Nueva la experimenta en su vida, habla con un estilo concreto de fuerza, de alegría, de seguridad, de sinceridad, de esperanza. Su palabra participa del fuego de toda palabra profética. Su palabra está al servicio de la Palabra y es transparencia de la Palabra. En resumidas cuentas y en definitiva, es una palabra convencida y convincente.

El *testimonio* es una categoría o concepto bíblico relacionado con el *kerygma*. Jesús encarga a los Apóstoles predicar y dar testimonio (cf. *He* 10, 42). Los Apóstoles aparecen en el libro de los Hechos como los testigos de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. El apóstol es llamado por Jesús y enviado a dar testimonio de su vida, en especial del misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor.

En la teología pastoral más reciente, al hablar de testimonio, no se circunscribe el contenido del concepto sólo al testimonio de palabra sino que también se refiere al testimonio de vida. Pablo VI destacará la importancia primordial del testimonio de vida en la *Evangelii Nuntiandi*, llegando a afirmar que «la Buena Nueva tiene que ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio».²³ El testimonio de vida es una responsabilidad de todo bautizado, como miembro de la Iglesia, y de toda la Iglesia, como comunidad de bautizados.

23 - PABLO VI, Carta Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, n. 21.

Eso significa que con una coherencia cristiana en los pequeños y los grandes actos que van configurando toda la vida, se da testimonio de Cristo Salvador. Porque se descubre la fe cristiana de la persona o porque se acabará descubriendo cuando ésta responda a los interrogantes que suscita con su actuación. De esta manera, vemos que los testimonios de palabra y de vida se refieren, se explicitan y se completan mutuamente. Uno y otro tienen que darse con sencillez, naturalidad y coherencia. El testimonio de vida confirma y da un tono de autenticidad y credibilidad al testimonio de palabra. El testimonio de palabra aporta luz, fuerza y rotundidad al testimonio de vida.

II. Enviados a anunciar la Buena Nueva

La evangelización es el primero y el mejor servicio que la Iglesia puede ofrecer. Pero en nuestros ambientes constatamos que no es fácil manifestarse como cristianos ni hablar de Dios, y mucho menos de la Iglesia. Necesitamos grandes dosis de realismo y de humildad, y también superar la tentación del desánimo o de replegarnos quedándonos a la defensiva. Hay que tomar la iniciativa con propuestas claras y directas.

1. Propiciar el clima adecuado ²⁴

En la actualidad hay muchas personas que viven con intensidad su fe, pero también encontramos cada vez más hombres y mujeres que no creen prácticamente en nada ni se plantean

24 - Cf. J. A. SAIZ MENESES, o.c., 259-263.

necesidad alguna de ser salvados. ¿Cómo podremos evangelizar a quien no tiene ninguna inquietud religiosa? ¿Cómo hablar de salvación a quien no cree tener necesidad de ser salvado?

Es muy importante descubrir puntos de encuentro con los creyentes alejados, y también con los indiferentes, los ateos y los agnósticos. Estos puntos de encuentro no están lejos de las aspiraciones profundas de nuestros contemporáneos, que no se diferencian mucho de las aspiraciones de los hombres y las mujeres de cualquier época.

Se pueden señalar algunos elementos en los que coinciden los seres humanos de cualquier época y lugar. El sentido de la vida, la búsqueda de la felicidad, la búsqueda de reconocimiento y estima o la necesidad de relación y compañía son elementos esenciales de todo ser humano que pueden ayudar en el proceso de encuentro con Dios.

El ser humano en busca de sentido y de felicidad

El ser humano es impulsado por su naturaleza a buscar la verdad. Así ha sido a lo largo de la historia. Ha buscado la verdad, ha buscado el sentido de las cosas y sobre todo el sentido de su vida. En todas las culturas encontramos las preguntas fundamentales sobre la propia identidad, sobre el origen y el final de la vida, sobre el mal y la muerte, sobre el más allá.²⁵

25 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* n. 19, 1; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et Ratio* n. 1.

Quien busca la verdad y el bien, en el fondo busca a Dios, y si su búsqueda es coherente, encuentra a Dios. Quien busca la verdad busca a Dios, sea o no consciente, y está muy próximo a Dios, que es la Verdad. De la misma manera, si la persona busca el amor y el bien, está próxima a Dios, que es Amor.

Es también evidente que todo ser humano desea ser feliz. El corazón humano tiende a una felicidad plena, y se entrega con ilusión a proyectos y actividades esperando saciar su sed de felicidad. Pero una vez y otra experimenta la insatisfacción y un vacío interior que los bienes materiales no pueden llenar. El ser humano necesita razones para vivir, para entregarse, para dar lo mejor de sí mismo.

Este ser humano que busca la felicidad, busca a Dios. La búsqueda de la felicidad es en el fondo deseo de encontrar a Dios. Este deseo natural de Dios está inscrito en el corazón del hombre porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios. Por eso, sólo Dios puede saciar su sed de trascendencia, sólo en Dios puede encontrar la felicidad que anhela su corazón.

El ser humano en busca de reconocimiento y estima

Otra característica propia de las personas es la necesidad de ser valoradas, reconocidas, la necesidad de autoestima y de ser amadas por los demás. En este sentido, resulta muy ilustrativo lo que en el mundo de la pedagogía se ha convenido en llamar *efecto pigmalión*.

Según este principio, la forma como tratamos a quien está a nuestro lado está influida de manera sutil por las expectativas que nos hemos forjado sobre esa persona. Y al mismo tiempo parece como si hubiera un mecanismo oculto que provoca que su progreso se ajuste a las expectativas que se depositan en ella. De ahí que sea tan importante confiar en las personas, porque de esta manera hacemos un llamamiento al cambio, a la superación, al crecimiento personal.

Ésta es la pedagogía de Jesucristo en el Evangelio y éste es el núcleo de su mensaje: Dios nos mira con un amor entrañable e infinito, y respetando nuestra libertad nos llama a la perfección y nos ayuda eficazmente a alcanzarla.

Jesús nos lo dirá en el Sermón de la montaña, que culmina con el ideal máximo de perfección: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (cf. Mt 5, 48). Ésta tiene que ser la pedagogía genuina de nuestra acción evangelizadora.

El ser humano en busca de relación y compañía

La persona adulta también tiene como característica la capacidad de convivir y colaborar con otras personas, la capacidad de interactuar e integrarse en el grupo y en la comunidad. El ser humano es relacional, comunicativo, dialogal.

A través de la convivencia con los otros madura y se realiza como persona. Y no sólo necesita proximidad física sino tam-

bién proximidad psicológica, relación e interacción con otras presencias próximas y amigas. La familia es la estructura básica y primaria de convivencia, pero llega un momento en que es insuficiente y se necesita el grupo de amigos. Más adelante éste también resultará insuficiente y hará falta un grupo en que las relaciones sean de comunicación profunda, de afecto, de compartir en común.

La experiencia de una comunidad cristiana responde a esta búsqueda, a este deseo profundo. La comunidad cristiana es relación profunda, comunicación de espíritus. Por eso hace falta que haya conocimiento y amor mutuos. Significa vivir en amistad, en clima de familia, con la solidaridad de los que forman una única realidad. Significa compartir los bienes materiales y las situaciones interiores. Significa responsabilizarse mutuamente los unos de los otros. Nuestras comunidades cristianas tienen que ofrecer la posibilidad de vivir esta experiencia.

2. Salió el sembrador a sembrar

La parábola del sembrador resulta particularmente iluminadora para acercarnos a los destinatarios del envío.²⁶ En ella Jesús valora positivamente la eficacia de la Palabra del Reino, que es la semilla. Es un balance final, como la respuesta de Cristo a los que ponían en duda los resultados de su anuncio del Reino.

26 - Cf. CARLO MARIA MARTINI, “¿Qué tipo de catequesis para un país que hace falta reevangelizar?”, en *Documents d'Església* (1989), 493.

Cuadro psicológico de respuesta

Nos presenta un cuadro psicológico de los corazones y las existencias concretas en la respuesta al anuncio del Reino.

La tierra junto al camino es el terreno duro, no trabajado por el arado, pisado por caminantes, endurecido e impenetrable. En la carretera, en el asfalto, no crece nada y no puede penetrar nada. Vendrían a ser los contemporáneos que rehúsan explícitamente cualquier vínculo con Dios y su Palabra, los corazones endurecidos que no acogen la semilla. Parece que no tienen ninguna inquietud ni ninguna pregunta que hacer. Son los exponentes típicos del proceso de secularización en que estamos inmersos. Abonados al relativismo moral y al materialismo más radicales.

El terreno pedregoso simboliza a los que escuchan la Palabra con prontitud y alegría, pero como falta el sustrato no tienen constancia en la dificultad y la persecución. Espíritus perezosos y superficiales, alérgicos a las exigencias de la fe y al compromiso. Son los inconstantes, los incoherentes, los individualistas. Serían como aquellos bautizados que no aceptan las consecuencias de la fe para la vida y que, si bien dicen que creen en Dios a su manera, se consideran ajenos a la Iglesia y rehúsan toda posibilidad de experiencia comunitaria y parroquial.

El terreno entre espinos representa a aquéllos que por los afanes de la vida y la seducción del dinero y del consumo ahogan y hacen estéril la palabra que escuchan. Gente que empieza buscando a Jesucristo y la Iglesia, que pide los sacramentos, que quiere vivir cristianamente, pero que al final queda atrapada por la mentalidad consumista. Un ejemplo sería el joven rico del Evangelio (cf. Lc 18, 18-30), que quiere compatibilizar el seguimiento de Jesús con su apego a la riqueza. Estos afanes y seducciones de los bienes materiales tienen tal fuerza que absorben la energía del corazón.

La buena tierra son todos aquellos que entienden y aceptan con corazón generoso la palabra que escuchan. Esta buena tierra da fruto: treinta, sesenta, cien. Son las personas abiertas a la Palabra de Dios, que responden con generosidad a la gracia, que siempre actúan con rectitud de intención, que caminan por la vida con humildad y sacrificio. Son los que, como María, desean cumplir la voluntad de Dios en toda ocasión. Son todos aquéllos que se esfuerzan por amar a Dios y a los hermanos, que sólo buscan el Reino de Dios y su justicia y, precisamente por eso, reciben y dan un fruto abundante.

El simbolismo de la tierra y la semilla

El ser humano es presentado como el terreno en que cae la semilla, a través de sus diversas situaciones y configuraciones y de su capacidad para recibir la semilla y hacerla germinar hasta su completa maduración. La tierra significa el hombre dispues-

to a recibir la palabra de Dios, capaz de acogerla y hacerla fructificar.

Acoger la palabra significa creer. La persona se realiza creyendo de la misma manera que la tierra se realiza recibiendo la semilla. Ha sido creada para acoger la Palabra, es capaz de acogerla y dará fruto en la medida en que sepa acogerla, en la medida de su fe. No se puede obligar a nadie a hacer el bien. Desde el respeto a la libertad, la siembra abundante de la Palabra con el clima adecuado hace posible el fruto. Por otra parte, no hemos de olvidar que no hay ninguna persona que por naturaleza sea absolutamente impenetrable a la Palabra.

El otro elemento simbólico de la parábola es la semilla. Como dice el mismo Jesús, «la semilla es la Palabra de Dios» (Lc 8, 11). La verdadera protagonista de toda esta historia es la Palabra. La Palabra sembrada, pisoteada, disipada, sofocada, acogida y que introduce sus raíces en la tierra para germinar y dar fruto. Esta Palabra no es un elemento puramente extrínseco. Terreno y semilla han sido creados el uno para el otro. No tiene sentido pensar en la semilla sin tener en cuenta su relación con el terreno; y éste, sin la semilla, sería algo inhóspito. El ser humano, si corta su relación con la Palabra, queda convertido en un desierto reseco y estéril.

La Palabra es para el ser humano. Su eficacia se manifiesta no en abstracto sino suscitando, interpretando, purificando y salvando las vicisitudes históricas de la libertad humana. La

Palabra se encuentra con las aspiraciones del hombre, con sus problemas, con sus pecados, con su deseo de salvación y con sus realizaciones en el campo personal y social. La Palabra, en definitiva, es Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, que se ha hecho hombre para salvar a la humanidad, para salvar a todos y cada uno de los hombres y las mujeres de todas las épocas, de todas partes.

3. La Buena Nueva que proponemos

La Iglesia comparte las dificultades y las esperanzas de la humanidad, de la cual forma parte, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que tiene que ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios.²⁷ La Iglesia comunica la vida divina al hombre y tiene como misión elevar la dignidad de la persona, afianzar la sociedad y dar a la actividad de la humanidad un sentido y una significación más profundos.

El Señor Jesucristo es la culminación de la historia humana, el centro de la humanidad, el gozo del corazón humano y la plenitud total de sus aspiraciones. Desde esta realidad profunda podemos enumerar algunos elementos que la Iglesia propone como Buena Nueva para la sociedad actual.

27 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, nn. 40-44.

El sentido de la trascendencia

La Iglesia ofrece a la sociedad actual el sentido de la trascendencia: que el hombre es capaz de Dios. En primer lugar, el sentido de la trascendencia de la vida humana. Es lo mismo que anunciar el Reino, como dimensión escatológica hacia la cual camina la humanidad. Es lo mismo que decir que el cristianismo anuncia a la gente el sentido de la vida, enraizada en la tierra, en la aventura de la historia, pero siempre trascendiendo hacia el horizonte supremo del Reino de Dios.

Es necesario que seamos un signo que señale hacia la trascendencia y hacia Dios. En un mundo secularizado que nos invita a mirar y a vivir a ras de tierra, tenemos que ayudar a nuestros coetáneos a alzar la mirada, a mirar hacia el cielo y elevar el nivel de sus horizontes vitales. Por eso hemos de ser testigos de Dios y maestros de la fe.

La Iglesia tiene que ofrecer una manifestación concreta de la trascendencia en el mundo mediante el doble testimonio de los Evangelios y de los santos. Los Evangelios son expresión de la fe apostólica en Jesús Señor y van dirigidos a suscitar la fe de los creyentes de hoy en día. Los santos son los testigos del Evangelio creído y llevado a la vida hasta las últimas consecuencias. Ellos son, en definitiva, el fruto más logrado del Evangelio de Jesucristo.

La centralidad de la Persona de Jesucristo

La esencia del cristianismo es la persona de Cristo y la vida cristiana arranca de un encuentro con Él. La Persona de Jesucristo ha de ser el centro de la vida y de la misión de la Iglesia. El Papa Benedicto XVI, en la introducción de su encíclica *Dios es amor*, lo resume magistralmente: «No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».²⁸

El teólogo alemán de origen italiano Romano Guardini ya lo había subrayado con lucidez: «El cristianismo no es, en última instancia, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es eso también, pero nada de eso constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concreto; es decir, por una personalidad histórica.»²⁹ Y más adelante hace esta otra afirmación: «Jesús no es sólo el portador de un mensaje que exige una decisión, sino que es Él mismo quien provoca la decisión, una decisión impuesta a todo hombre, que penetra todas las vinculaciones terrenales y que no hay ningún poder que pueda ni contrastar ni detener. Es, en una palabra, la decisión por esencia».³⁰

28 - BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

29 - ROMANO GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Madrid (1977), 19.

30 - *Ibidem*, 46-47.

Unos principios morales fundamentales

La grandeza de la vida humana, el valor incomparable de cada persona radican en el hecho de que el ser humano está llamado a una plenitud de vida que consiste en la participación de la misma vida de Dios.³¹ La Iglesia es consciente de su misión de proclamar la buena nueva de la vida y del valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término.

Por eso tenemos que ofrecer unos principios morales fundamentales, en especial el respeto a la persona y a la vida. La Iglesia está obligada a ofrecer al mundo una moral firme y sencilla, que se fundamenta en el amor a Dios y el respeto absoluto a la persona y a la vida humana. Con este respeto incondicional aparece un testimonio nuevo y eficaz, que traspasa el hedonismo y es capaz de crear una cultura de la vida.

Hoy en día este anuncio es particularmente urgente a causa de la multiplicación de las amenazas a la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando esa vida es más débil e indefensa. La Iglesia también ayuda al ser humano a consolidar y defender la dignidad humana.

31 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, nn. 2-4.

El culto a Dios en espíritu y en verdad

También la Iglesia tiene que enseñar a rezar, a vivir la relación con Dios y a recordar la verdad más profunda del ser humano: que Dios lo ha creado y lo mantiene en la existencia. Este es el primer don recibido, desde el primer momento el hombre está llamado a la unión con Dios, al diálogo con Dios.³² Sin este diálogo que es la oración, difícilmente podemos llegar a descubrir la verdad sobre nosotros mismos. Sólo hallamos nuestra identidad profunda desde el encuentro con Dios. Sólo llegaremos a la realización plena desde la vivencia de esta comunión de vida con Él. Por eso es muy importante que ayudemos a vivir una espiritualidad que integre toda la realidad humana desde la fe. Familia y trabajo, formación y compromiso, tiempo libre y diversión.

La Iglesia tiene que vivir la importancia de la oración, de la relación con Dios. La conciencia de la presencia personal, amorosa y activa de las Personas divinas en la propia vida. Y la oración culmina en la Eucaristía. En ella adoramos al Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Tenemos que reafirmar la centralidad de la Eucaristía y de su celebración, especialmente el domingo, el día del Señor, el día en que celebramos su victoria sobre el pecado y la muerte, la vida nueva y el camino de futuro y esperanza que nos da en virtud de su misterio pascual.

32 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 19.

Una aportación a la vida pública

La Iglesia está llamada a hacer una aportación al mundo de la política. Tiene que ofrecer hombres y mujeres formados en el humanismo cristiano, en el sentido de la justicia y del bien común. Hombres y mujeres que luchen por el establecimiento de unas leyes que favorezcan el bien común y la paz y la dignidad de las personas, especialmente de las menos favorecidas.

La misión que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. La finalidad que le asignó es de orden religioso. Pero de esta misión derivan funciones y energías que pueden servir para establecer la comunidad humana según la voluntad de Dios. Además, la Iglesia tiene que crear obras al servicio de todos, particularmente de los más necesitados.

En definitiva, la Iglesia sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios, que es reino de justicia, de amor y de paz, y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana durante el tiempo de su peregrinación en la tierra deriva del hecho de que la Iglesia es *sacramento universal de salvación* que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios a la humanidad.

III. Agentes y ámbitos para la Nueva Evangelización

A lo largo de dos cursos hemos elaborado el primer plan pastoral de la historia de nuestra diócesis. Con la colaboración de todos. Se trata de un instrumento al servicio de la evangelización y comporta una programación de la acción pastoral. Todos sabemos que para no caer en la improvisación ni en la rutina conviene detenerse para reflexionar y poner por escrito los objetivos y las acciones que han de dar fisonomía y coherencia a las tareas pastorales.

Programar quiere decir organizar los elementos pastorales para conseguir unas finalidades concretas siendo muy conscientes de que la reflexión y la oración preceden toda acción pastoral. La programación es un medio al servicio de la Iglesia y de su acción evangelizadora.

La planificación es una herramienta de trabajo. Ahora bien, tenemos que trabajar generosamente, conscientes de que el principal agente evangelizador es el Espíritu Santo. Este trabajo conjunto nos ayuda a conocer mejor la realidad en que vivimos, a organizar la acción pastoral, a crecer en auténtica comunión y corresponsabilidad, a intensificar la conversión personal, a renovar nuestras comunidades, a impulsar una nueva evangelización. Hay que disponer de unos buenos métodos y medios y ser capaces de trabajar con constancia y de evaluar la marcha del trabajo y la consecución de los objetivos propuestos.

El Plan Pastoral es una propuesta de trabajo para todas las personas que forman la comunidad diocesana. Se trata de revitalizar la vida cristiana en la sociedad del Vallès Oriental y el Vallès Occidental, de llevar a cabo el mandato del Señor: «Id pues a todos los pueblos y hacedlos discípulos míos, bautizándolos en el nombre de Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19-20).

1. Hoy se cumple esta escritura

La Iglesia es en Jesucristo sacramento universal de salvación. Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene como estructura visible en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, y distribuye

por medio de ella la verdad y la gracia a todos los hombres y las mujeres de todas las épocas.³³ La Iglesia continúa a lo largo de la historia la obra de la redención.

La acción pastoral es la actualización que la Iglesia lleva a cabo de la acción salvadora de Jesucristo. Esta tarea implica diversas funciones, denominadas acciones pastorales o acciones eclesiales, es decir, ministerios de la Iglesia en diferentes ámbitos de realización. La participación en el profetismo, el sacerdocio y la realeza de Cristo ha dado lugar al triple ministerio de la palabra, los sacramentos y la guía de la comunidad. Estos ministerios se denominaron asimismo funciones pastorales: la profética o anuncio de la palabra, la litúrgica o celebración del culto y la caritativa o servicio de la comunidad.

El Concilio Vaticano II expresa en múltiples ocasiones esta triple división. Las acciones eclesiales quedan anunciadas así: el ministerio profético, que incluye la función del magisterio, es servicio de la palabra a todos sus niveles: evangelización, catequesis, homilía y teología; el ministerio litúrgico, que incluye la función del orden sacerdotal, es la celebración de los misterios cristianos en diversos aspectos: eucaristía, sacramentos, oración y, en definitiva, el conjunto de la celebración de los misterios cristianos; y el ministerio hodegético, que incluye la función de jurisdicción, es el servicio cristiano en la organización y dirección eclesial y la promoción caritativa integral como servicio cristiano en el mundo.

33 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nn. 1. 8.

En nuestro Plan Pastoral hemos recogido esta distribución y hemos explicitado un cuarto aspecto o dimensión, el de la comunión y coordinación diocesana.

2. Agentes: obispo, presbíteros y diáconos, vida consagrada y laicos

Obispo

El obispo tiene que ser el principio de comunión en la diócesis y tiene que ser padre, pastor y servidor de todos. La Iglesia diocesana es una comunidad de fe, de gracia, de amor y de apostolado. Los obispos³⁴ reciben el ministerio de la guía de la comunidad como pastores, como maestros de doctrina y como sacerdotes del culto sagrado.

Los obispos reciben la misión de enseñar y de predicar el Evangelio a toda criatura, a fin de que todos los hombres lleguen a la salvación. El obispo de la diócesis es el primer predicador del Evangelio con la palabra y también con el testimonio de vida. En el momento actual es de gran importancia que sepa descubrir los retos que se presentan y tenga firmeza para dar una respuesta adecuada.

34 -Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nn. 20. 24-27; JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Gregis* nn. 26. 32. 42-43.

La santificación del cristiano empieza con el Bautismo, se alimenta con la Eucaristía y se fortalece con la Confirmación y la Reconciliación. El obispo es ministro de esta santificación, que se difunde en la vida de la Iglesia sobre todo a través de la sagrada liturgia y especialmente de la celebración eucarística que es fuente y cumbre de la vida de la Iglesia y de la vida de cada cristiano.

Al obispo se le confía plenamente el oficio pastoral, es decir, el cuidado habitual y cotidiano de los fieles. Al ejercerlo, tiene que comportarse como quien sirve, inspirándose en el ejemplo de Cristo el Señor, que vino no para ser servido sino para servir y dar su vida por las ovejas (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 22, 26-27; Jn 10, 11). Esta imagen de Jesús Buen Pastor, modelo supremo para el obispo, tiene una elocuente expresión en el gesto del lavatorio de los pies, narrado en el Evangelio según san Juan (cf. Jn 13, 1-15). Por lo tanto, el sentido del ministerio y de la existencia misma del obispo consiste en la entrega de la propia vida, en la disponibilidad plena hacia los demás siguiendo el ejemplo del Maestro.

Presbíteros y diáconos

Los sacerdotes y los diáconos son colaboradores del obispo, comparten la solicitud por la evangelización y se consagran plenamente al servicio de la Iglesia diocesana.³⁵ Su ministerio

35 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, nn. 2. 4; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 67; JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, nn. 15-18.

es comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del obispo. Su vida y ministerio son continuación de la vida y de la acción de Cristo, y en consecuencia han de seguir su estilo de vida y han de vivir sus actitudes. En eso consiste su identidad y ahí radica la fuente del gozo de la vida sacerdotal. La celebración de la Eucaristía es el momento privilegiado para expresar la unión con Cristo y la entrega a los hermanos.

En el momento presente tienen que vivir especialmente el compromiso de evangelizar con un celo pastoral que los lleve no al repliegue sino a la búsqueda de todas las ovejas. El Señor les confía no sólo el cuidado pastoral de la comunidad cristiana sino también la evangelización de los indiferentes, los alejados, los no creyentes y de todos los que no han escuchado todavía la Buena Nueva. Su vida y trabajo es para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia. Por eso tienen que gastarse y desgastarse en el anuncio del Evangelio y en el servicio a los hermanos para que los creyentes puedan alcanzar la plenitud de la vida cristiana.

Tienen que ser hombres de comunión, de misión y de diálogo. Llamados a tender puentes de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de la paz y de la justicia. Han de procurar el diálogo con los hermanos de otras confesiones cristianas, con creyentes de otras religiones, con todas las personas de buena voluntad que buscan la verdad y el bien. La predilección y el servicio a los más pobres y desvalidos será su distintivo.

Queridos hermanos sacerdotes y diáconos: os quiero agradecer vuestra entrega generosa, vuestro trabajo en circunstancias a menudo llenas de dificultades, y os pido que mantengáis clara vuestra identidad, que viváis inmersos en el misterio de Cristo, en comunión con el Santo Padre y con el obispo, y en comunión con el presbiterio, desde la colaboración con los religiosos y los laicos. Sed testigos del gozo de la vida entregada a Cristo y a los hermanos, sed un referente luminoso para los jóvenes que se preparan para el sacerdocio en nuestro seminario y que son esperanza de futuro para la diócesis.

Vida consagrada

Las personas de vida consagrada³⁶ aportan la peculiaridad de su consagración. Son en el mundo testigos elocuentes del Dios vivo.

La vida consagrada tiene una gran significación profética porque pone de manifiesto la primacía de Dios y de los valores evangélicos. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal a Cristo y a los hermanos. En nuestro mundo es urgente un testimonio valiente y profético de las personas consagradas. Un testimonio en primer lugar de la primacía de Dios y de los bienes futuros, a través del seguimiento y de la imitación de Cristo.

36 -Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Vita Consecrata* nn. 84-85; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 69.

Los institutos de vida activa están encarnados en unos espacios inmensos donde llevan a cabo el anuncio evangélico, la acción caritativa y social, la educación cristiana de niños y jóvenes, la cultura y la solidaridad con los más pobres y necesitados. Ellos hacen presentes los valores del Reino a través de la vivencia de la castidad, la pobreza y la obediencia, con una entrega total a Dios y con plena disponibilidad para servir a las personas concretas y a la sociedad, siguiendo el ejemplo del mismo Cristo. Ellos continúan abiertos a la acción del Espíritu Santo y a los signos de los tiempos para dar respuesta a los nuevos retos que presenta el mundo actual.

Las comunidades de vida contemplativa presentes en la diócesis son un signo de trascendencia y de comunión, de acogida, de diálogo y de oración. Desde su vida comunitaria, con el trabajo y la oración incesante, son una fuente de renovación de la sociedad y de la historia y contribuyen eficazmente al crecimiento de la Iglesia. Son testigos de Dios y maestros de la fe. Así lo han sido en el pasado y lo son también en el presente.

Queridos hermanos y hermanas: gracias por vuestra colaboración. Yo os pido que estrenéis cada día vuestra consagración, que la viváis de manera convencida y convincente, que reavivéis incesantemente los dones recibidos, que con la diversidad de vuestros carismas manifestéis la riqueza de la Iglesia, que continuéis acompañando y dinamizando la acción evangelizadora, que seáis gozo y esperanza para nuestra Iglesia diocesana.

Los laicos

Laicos³⁷ son todos los fieles incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados en el Pueblo de Dios, que ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que les corresponde. Los fieles laicos participan, de la manera que les es propia, en el triple oficio profético, sacerdotal y real de Jesucristo.

Esta participación tiene su raíz primera en el Bautismo, se desarrolla en la Confirmación y se alimenta en la Eucaristía. En virtud de su realidad bautismal, el laico es corresponsable en la misión de la Iglesia. Pero esta realidad asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, la índole secular. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos.

Los fieles laicos viven en el mundo, implicados en sus trabajos y ocupaciones y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social: estudian, trabajan, establecen relaciones sociales, de amistad, culturales, profesionales, etc. De esta manera, el mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos.

37 -Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Postsinodal Christifideles Laici*, nn. 2. 3. 9. 14-15; CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nn. 30-32; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, nn. 1-4; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 71-74.

Los laicos contribuyen a la transformación del mundo desde dentro, como el fermento, mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, manifestando a Cristo delante de los otros con su palabra y testimonio, con su fe, esperanza y caridad. Las imágenes de la sal, la luz y la levadura expresan la inserción y la participación de los laicos en el mundo, en la sociedad, y expresan la originalidad de esta participación.

Los laicos aportan nuevas energías de participación y renovación y propician una nueva colaboración. Colaboran con diversos tipos de servicios, unos dentro de la Iglesia como animadores de la oración, del canto y de la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y la catequesis, como responsables de comunidades eclesiales y de grupos de estudio y de revisión de vida, como encargados de las obras caritativas, como administradores de los bienes de la Iglesia, como dirigentes de los diversos movimientos, grupos y asociaciones apostólicas. Otros en las familias, en las escuelas, en la vida política, económica, social y cultural.

Queridos laicos y laicas: gracias por vuestra conciencia eclesial, porque os sentís miembros vivos y corresponsables en nuestra Iglesia local. En un mundo en cambio constante en el que hace falta afrontar y dar respuesta a las nuevas situaciones en la Iglesia y en la sociedad, en la economía y en la política, en la cultura, la ciencia y la investigación, es fundamental e imprescindible vuestro compromiso en la acción pastoral y en la fermentación evangélica de los ambientes y las estructuras.

3. Ámbitos y areópagos modernos

La familia

El papel de los padres en la educación es fundamental. Y al decir que es fundamental me refiero no sólo a que sea muy importante, quiero decir que es el fundamento, la base y el principio sobre el cual se construye el futuro. Los padres han dado la vida a los hijos y tienen la obligación, el deber inalienable de educarlos. Ciertamente, la situación de nuestra sociedad occidental lleva a las prisas, el estrés, la falta de tiempo para educar a los hijos, la falta de comunicación y de diálogo. Pero educar a un hijo es la obra principal que los padres hacen en su vida. A la vez es un derecho que tienen, intransferible. Nadie puede usurpar este derecho de los progenitores.

Los padres son los primeros y principales educadores de los hijos. Cuanto más pequeño es un niño, más grabadas le quedan sus experiencias. Por eso los padres y el entorno familiar son los que más influyen en la estructuración de la inteligencia y la personalidad del niño. La escuela de la vida empieza en el hogar. Las actitudes de respeto, de diálogo, de compartir, etc., se aprenden y se empiezan a vivir en el hogar familiar. Por eso es tan importante propiciar un clima familiar animado por el amor a Dios y a los otros, que favorezca una educación integral y la integración social.

La primera profesión, la primera tarea y lo más importante para los padres es educar a los hijos. Y eso lo pueden alcanzar favoreciendo un ambiente en que se viva el amor, la donación, el desarrollo personal, la apertura a los demás y a Dios, la convivencia y la tolerancia, la solidaridad.

Animo a los padres en esta obra de arte que es la educación de los hijos. Con amor, firmeza y paciencia, conscientes de que el futuro de la Iglesia y de la humanidad se forja en la familia.

La parroquia

La parroquia es, sustancialmente, una determinada comunidad de fieles dentro de la Iglesia particular que el obispo encomienda a un párroco. Esta comunidad de fieles se reúne en torno a la Palabra de Dios y la Eucaristía y los otros sacramentos. Esta comunidad vive en comunión, compartiendo sus bienes, y se proyecta ayudando a los necesitados. En la parroquia se enseña la doctrina cristiana y se transmite la fe. Es una comunidad en conversión continua, en comunión y en misión. La parroquia es comunidad de comunidades y propicia la unidad de todas las diversidades que se encuentran en ella y que por ella quedan insertadas en la Iglesia universal.

No faltan voces que afirman que la parroquia como tal es una estructura desfasada, superada. Pero no podemos olvidar que la parroquia es la última localización de la Iglesia, su rostro más próximo y palpable, su expresión más visible e inme-

diata. La parroquia no es principalmente el edificio, el territorio o la estructura. La parroquia es fundamentalmente la comunidad formada por personas. Hace falta que redescubramos la parroquia como comunidad cristiana local, en la cual está presente y operante el misterio de Cristo y de la Iglesia.

A pesar de los cambios profundos que han experimentado nuestros pueblos y ciudades, a pesar de las dificultades para la acción pastoral, nuestras parroquias continúan siendo una referencia importante para el pueblo cristiano, también para los no creyentes. A ellas se acercan los inmigrantes buscando ayuda espiritual o material, seguros de que serán bien recibidos. A ellas siguen acudiendo los fieles bautizados con más o menos perseverancia, pero encontrando siempre las puertas abiertas.

La parroquia tiene presente y futuro y está llamada a ser fermento evangelizador y a mantener su importante papel de cohesión e integración social como una familia, como casa abierta a todo el mundo, como una fuente en medio de la plaza que ayuda a todos a calmar la sed de paz, de amor y de trascendencia.

La escuela

La escuela desarrolla las facultades intelectuales, posibilita el acceso a la cultura, prepara para la vida profesional, enseña el sentido de los valores y de los criterios rectos, fomenta la

relación interpersonal, la socialización, la convivencia y la tolerancia. La tarea de la educación en la escuela, en colaboración con la familia, es muy importante, difícil y apasionante.

En una sociedad en que cada vez están más presentes los productos *light*, corremos el riesgo de que la educación sea también *light* y acabemos formando hombres y mujeres *light* para el futuro. La causa de esto es el cansancio ante las dificultades propias de nuestro tiempo o quizás también el hecho de que, para huir de los autoritarismos que tuvimos que soportar, ahora estamos en el otro extremo y acabaremos sufriendo el autoritarismo de los niños y adolescentes de hoy.

Hay una palabra que me parece clave en la educación: *incidir*. Incidir tiene diversos significados. Me refiero a incidir en cuanto a inscribir, grabar, causar efecto en alguna cosa, repercutir en algo, influir. Por desgracia, parece que hoy, en la educación, tiene más incidencia la televisión que los padres y los profesores. Hemos pasado del *angelismo* de los dibujos animados de antes a la violencia o la grosería de algunas series actuales.

Los maestros y educadores se merecen una felicitación y un agradecimiento por el coraje que demuestran eligiendo este camino. Su tarea es muy importante en la transmisión de los conocimientos, de la cultura y, sobre todo, trabajando aspectos como la convivencia, la tolerancia, las relaciones interpersonales, la socialización. ¡Qué importante es su tarea equilibrando las relaciones del grupo de alumnos que cada año pasa

por el aula! ¡Qué grande es ayudar a cada alumno a desarrollar sus potencialidades, que son muchas!

Dios quiera que nuestros maestros y profesores sean cada vez más unos centros de referencia no sólo en la transmisión de conocimientos sino también en las orientaciones para la vida.

Ámbitos y areópagos modernos ³⁸

Vivimos un momento histórico de profundas transformaciones que condicionan la acción pastoral, inmersos en la globalización, en una continua evolución cultural, en medio de flujos migratorios que producen un crecimiento rápido en nuestros pueblos y ciudades. Cada vez tienen más influencia los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. La dimensión religiosa tiende a ser relegada al ámbito privado; en el centro del escenario, el eclipse del sentido de Dios y del sentido último del hombre. Nos encontramos muchos ámbitos y areópagos del mundo moderno hacia los cuales tiene que orientarse la actividad misionera. Por ejemplo, el compromiso por la vida, por la familia, por la paz, por los derechos humanos, por la convivencia, por la conservación de la creación. También el mundo del trabajo, las relaciones entre los pueblos o el mundo de la cultura y la investigación científica.

38 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, nn. 9. 51-52; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 37-38; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, n. 12.

La evangelización se tiene que situar dentro de la historia. No se trata de acercar la fe a la sociedad o a la cultura como si fueran realidades extrínsecas. Se trata de las modos y de los caminos por los cuales la fe cristiana se encarna en el tejido del mundo contemporáneo y le comunica la energía transformadora de la novedad única del Evangelio. Se trata de escuchar al Espíritu y discernir los signos de los tiempos a la luz de la Palabra y de sus dones, mostrando los caminos para anunciar el Evangelio al hombre de hoy para que se convierta y viva. Abundaré en algunos de estos ámbitos.

El mundo de los jóvenes

Una mirada al mundo de los jóvenes. ¿Cómo hacerles llegar el mensaje de Cristo?

Cristo nos invita a ver lo que hay de positivo en los jóvenes de nuestro tiempo para acogerlo y valorarlo como un don de Dios. Los jóvenes son la esperanza de la Iglesia y de la sociedad, como tantas veces nos han repetido Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ellos necesitan una educación que no sea una mera transmisión de noticias, de cultura y de ciencia sino una transmisión de valores y de ideales. En una época tan pluralista y relativista como la nuestra, hay que transmitirles una clara conciencia de la propia identidad. Evidentemente ya no son suficientes los medios ordinarios de la pastoral; hacen falta asociaciones e instituciones, grupos y centros apropiados, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes. Aquí se abre un

campo de amplísimos horizontes en el que los movimientos eclesiales de Acción Católica, los nuevos movimientos y todas las realidades de Iglesia que el Espíritu Santo va suscitando a lo largo de la historia tienen que trabajar con creatividad y constancia.

Muchos jóvenes sufren hoy las consecuencias del individualismo, se sienten atraídos por la música estridente, por las imágenes impactantes, por el culto al cuerpo y sufren una crisis de los conceptos de verdad y libertad. La respuesta que hemos de ofrecer pasa por no tener miedo a ir contra corriente, de presentar con rotundidad la verdad del Evangelio. Hace falta que vivan la fe en grupo, que formen grupos de oración y reflexión, que reciban una formación sólida y asuman un auténtico compromiso social. Sólo un encuentro personal con Cristo puede iluminar y llenar de gozo la vida de los jóvenes.

El fenómeno migratorio

El fenómeno migratorio se tiene que entender en un contexto internacional de globalización, en el marco de un liberalismo incontrolado que provoca cada vez más diferencia entre países ricos y pobres. Los primeros disponen de capitales y tecnología para controlar y disfrutar de los recursos del planeta, mientras que los segundos no tienen posibilidades de acceso a los recursos necesarios para un desarrollo humano adecuado.³⁹

39 - Cf. JUAN PABLO II, *Jornada Mundial del Inmigrante*, año 2000.

¿Qué respuestas podemos dar los cristianos ante estos nuevos retos? Se trata de un fenómeno que tendría que dinamizar, revitalizar las comunidades por el ejercicio de la caridad cristiana a través de la acogida, el diálogo, la oración común, la ayuda material, la ayuda en la búsqueda de trabajo, de vivienda, de reconocimiento de sus derechos..., de un amplio abanico de expresiones y concreciones del amor cristiano que encuentra correspondencia en el capítulo 25 del *Evangelio de san Mateo* y en el capítulo 13 de la *Primera carta de san Pablo a los corintios*.

Acostumbrados a una casi absoluta homogeneidad social, cultural y religiosa, el fenómeno migratorio actual puede crear una especie de desconcierto y de repliegue a nivel personal y también comunitario, a causa sobre todo del desconocimiento del otro y de los otros. Este reto de la inmigración puede ser y tendría que ser una ocasión de crecimiento. Se abren diferentes posibilidades que podríamos recoger en diversas perspectivas de diálogo: el diálogo de los hechos, de la solidaridad, de la acogida y el diálogo intercultural e interreligioso.

Situaciones de pobreza

Tenemos que recordar también las situaciones de pobreza que se dan en el Tercer Mundo y también en nuestro país, en lo que llamamos Cuarto Mundo.

Pobres son los desposeídos de todo o de casi todo. Los técnicos acostumbran a aplicar el término pobreza a los pobres relativos, es decir, a los que lo son en relación con los estándares medios de vida de la población. Así, son pobres todos aquéllos que se sitúan, en términos económicos, por debajo de un determinado listón. Según Cáritas, en España hay aproximadamente 8 millones de pobres. Por otra parte, conviene recordar que en nuestro Occidente rico, además de la pobreza material, cada vez hay más situaciones de pobreza a causa de la soledad, la falta de afecto, de energías físicas, de futuro, de sentido, etc.

El Papa Benedicto XVI⁴⁰ plantea la cuestión de la solidaridad y la ayuda desinteresada al prójimo como forma de amor. Este amor tiene que manifestarse a nivel personal, de cada creyente, y también como acto de la comunidad, como acto eclesial y organizativo. La Iglesia ha de ser una comunidad de amor. La caridad es una tarea de la Iglesia y la caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios. Este amor, que llamamos *caritas*, no es una mera organización de ayuda al necesitado, sino que se trata de la expresión necesaria del acto más profundo del amor personal con que Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón la inclinación a amar.

El amor al prójimo es una obligación para cada uno de los fieles y para toda la comunidad eclesial. Desde el principio hubo conciencia de esta obligación y los cristianos de la pri-

40 - Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 19ss.

mitiva comunidad de Jerusalén vivían unidos y lo tenían todo en común (cf. *He* 2,44-45). Comparten sus bienes, entre ellos no hay diferencia entre ricos y pobres. Con el rápido crecimiento y extensión de la Iglesia resulta en la práctica imposible mantener esta forma radical de comunión de los bienes materiales, pero el principio permanece igualmente, y por eso en toda comunidad cristiana hace falta que haya una capacidad de compartir, de manera tal que no haya pobres.

El amor hacia los necesitados y las acciones consecuentes para poner remedio a sus necesidades no son una acción de suplencia o de sustitución a causa de las carencias de los servicios públicos. Se trata de algo esencial para la Iglesia, forma parte de su naturaleza íntima. El amor de Dios conocido, creído y vivido nos lleva a compartirlo todo con los hermanos en la Iglesia y también nos lleva a traspasar los confines de la misma Iglesia para vivir la universalidad del amor compartiendo la vida y los bienes con todo ser humano necesitado. La actividad de la Iglesia en todos sus miembros tiene que ser una expresión del amor de Dios. Un amor recibido, compartido y proyectado, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que encontremos en nuestro camino.

El mundo de la cultura⁴¹

Según la Constitución *Gaudium et Spes*, con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con que el

41 - Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, nn. 53-62; CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, “*Por una pastoral de la cultura*”, Roma 1999.

hombre desarrolla sus cualidades espirituales y materiales; perfecciona la creación con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; y finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan y puedan ayudar a todo el género humano.⁴² En este amplio sentido, la cultura es una dimensión fundamental de la pastoral.

Pablo VI señaló que la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo.⁴³ En el inicio del tercer milenio, en el inicio de nuestra joven diócesis, tenemos que aplicarnos con decisión a la evangelización de la cultura.

La evangelización de la cultura y la inculturación de la fe implican un diálogo de investigación de la verdad, y también de confrontación respetuosa y honesta. Por eso tendremos que propiciar espacios y tiempos de reflexión y de diálogo. Juan Pablo II recordaba que «la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, completamente pensada o fielmente vivida».⁴⁴

42 - CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 53.

43 - Cf. PABLO VI, Carta Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.

44 - JUAN PABLO II, Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura, de 20 de mayo de 1982: *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982), 685. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 9-7-1982.

Somos conscientes de la importancia de la evangelización del mundo de la cultura en sus diferentes campos: científicos, tecnológicos, educativos, artísticos. Un areópago inmenso y difícil sobre todo por nuestra escasez de medios. Sin embargo, una misión apasionante a la cual nos tenemos que aplicar desde la confianza en el Señor.

El mundo de la comunicación⁴⁵

El Concilio Vaticano II, hace cuarenta y cuatro años, se preocupó de los medios de comunicación social (MCS) y tituló un decreto con las palabras latinas *Inter mirifica*, es decir, «entre los maravillosos inventos de la técnica». Estas palabras ya manifiestan una visión positiva de estas herramientas, de las cuales dice que son admirables. No podían imaginar los padres conciliares la magnitud que llegaría a tener el mundo de la comunicación y las nuevas tecnologías.

Los MCS, en la actualidad, tienen una expansión e incidencia tales que influyen poderosamente en las personas concretas y en las culturas de todo el mundo. Su impacto es incalculable sobre la configuración mental de las personas así como en las actitudes religiosas y morales. Seguramente se han convertido en el principal medio no sólo informativo sino inclu-

45 - Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 37; CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 5; PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, Instrucción Pastoral *Aetatis Novae*, Roma 1992.

so formativo de muchas personas, e influyen especialmente en los niños y los jóvenes.

Por eso es tan importante formar unos usuarios de los medios que sean maduros y críticos. Como Iglesia, hemos de sentir una especial preocupación y hemos de tomar una actitud activa para ayudar a padres y educadores a encontrar la mejor manera de asumir el impacto de los medios -y de las nuevas tecnologías multimedia- en la formación de las personas. Las nuevas tecnologías son herramientas que pueden servir para lo mejor y para lo peor. Se pueden convertir en instrumentos que rompan la pasividad de los usuarios y fomenten la interactividad y la capacidad crítica y valorativa. Pero también pueden llevar a la superficialidad, a la vulgaridad, al individualismo.

En nuestra diócesis tenemos que procurar, en primer lugar, utilizar los MCS y las nuevas tecnologías para el anuncio y la difusión de la Buena Nueva del Evangelio. En segundo lugar, en la medida de nuestras posibilidades, integrar el mensaje cristiano en este nuevo areópago, evangelizarlo, trabajar para la transformación de estos medios de manera que estén al servicio de la verdad y el bien.

Exhortación final

Somos los testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI. El Señor nos envía a anunciar la Buena Nueva a nuestros contemporáneos. Nos envía para que seamos sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16), nos envía para que demos un fruto abundante y que perdure (cf. Jn 15, 16).

Sal que dé sabor y también aporte fuerza, consistencia, que cumpla su misión y desaparezca discretamente. La humanidad necesita y espera vigor y alegría para vivir. Esta aportación es precisamente la misión encomendada a nosotros, discípulos de Jesús. Gracias a la luz se puede percibir la forma, el color, la belleza de las cosas. Cuando la luz va disminuyendo o desaparece completamente, ya no se consigue distinguir la realidad que nos rodea. Nuestro testimonio cristiano tiene que servir para transmitir la alegría y la belleza de la vida, y tiene que ser una referencia en el camino que ayude a los demás a encontrarse con Dios.

Esta misión evangelizadora tiene que propiciar una renovación profunda, una auténtica transformación de cada persona y de toda la humanidad, porque Cristo ha venido para hacer nuevas todas las cosas. En el corazón de nuestra sociedad, haciendo camino con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, compartiendo los trabajos y las dificultades, superando la impaciencia y los desánimos, dando razón de nuestra esperanza, siendo portadores de alegría, de aquella alegría genuina que provoca la experiencia del encuentro de los Apóstoles con Jesucristo resucitado, que era característica de los primeros cristianos.

Nuestro anuncio tiene que ser una Buena Nueva centrada en la Persona de Jesucristo, y desde Cristo en el Padre y el Espíritu Santo, en la Iglesia y los sacramentos. Tiene que ser un anuncio que interpela, que suscita una respuesta, que provoca, con la gracia de Dios, la conversión. Un anuncio proclamado por testigos, porque el apóstol es un testigo enviado. Un testigo auténtico, que ha visto, ha experimentado y comunica su propia experiencia. Y la comunica con un estilo alegre y esperanzado, convencido y convincente.

Una misión que se realiza desde la confianza en el Señor, desde una actitud de esperanza en cualquier situación, especialmente en momentos significativos como el comienzo de un nuevo año litúrgico o la aplicación de nuestro primer Plan Pastoral. Jesucristo resucitado está presente en la Iglesia: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta al fin del mundo» (Mt

28, 20). Su presencia entre nosotros nos da fuerza para vivir intensamente la fe y para entregarnos a la evangelización con nuevo ardor.

En nuestra nueva diócesis, en el nuevo milenio que acabamos de estrenar, tenemos que caminar con esperanza, tenemos que asumir con un nuevo impulso la misión evangelizadora. El mandato misionero mantiene toda su vigencia y lo tenemos que llevar a cabo con el mismo entusiasmo y generosidad que los Apóstoles y los cristianos de los primeros tiempos. Cristo resucitado está presente en su Iglesia, la fuerza de su Espíritu es nuestra fuerza. María, Madre y Maestra, es la estrella que guía nuestra misión. Rememos mar adentro con la confianza puesta en el Señor.

Terrassa, 2 de diciembre, primer domingo de Adviento de 2007.